

Radiografía Sociológica de "Facundo" ¹

Por el Dr. Raúl A. ORGAZ, Prof. de Sociología en la Universidad de Córdoba, República Argentina. Colaboración especial para la "Revista Mexicana de Sociología".

Rien de plus original, rien de plus soi que de se nourrir des autres. Mais il faut les digérer. Le lion est fait de mouton assimilé.

PAUL VALÉRY: "Pages inédites"

SI "Facundo" no fuese lo que es, la conjunción, en una síntesis perfecta, de elementos intuitivos y racionales de pasión polémica, de preferencias doctrinarias y de ambición estética, apenas pesaría en la balanza de bronce de las creaciones perdurables; y esa conjunción es realmente tan cabal, que los elementos contrarios —y aun, a primera vista, contradictorios— de la síntesis, aparecen como olvidados en provecho de la vida del conjunto. Así, ocurre, por ejemplo, con el contraste que existe entre la faz política y la faz doctrinaria del libro. La faz política exhibe un encendido alegato contra el régimen tiránico de Rosas; la faz doctrinaria muestra la legitimación filosófica e histórica de

1 De un libro en prensa.

ese mismo régimen. Según la filosofía, y de acuerdo con las enseñanzas de Cousin y de Hegel, Rosas “es una manifestación social, es una fórmula de una manera de ser de un pueblo”: ¿por qué y para qué combatirlo, pues? “¡Dios mío!” responde Sarmiento, sin turbarse: “¡para qué lo combatís! ¿Acaso porque la empresa es ardua es por eso absurda?” Y como refugiándose en Cousin —eco elocuente, otra vez, de la metafísica germánica—, y para el cual la guerra es una lucha de ideas en la que, al cabo, vence el más virtuoso y el más digno, Sarmiento concluye, victoriosamente: “¿No hay nada de providencial en estas luchas de los pueblos? ¿Concedióse jamás el triunfo a quien no sabe perseverar?” He aquí, por lo tanto, sin las sutilezas a que habría acudido Alberdi, en caso parecido, deshecho el nudo y disipada la superficial contradicción entre lo moral y lo científico del libro.

Las ideas sociales (o más exactamente, sociológicas) contenidas en “Facundo”, requieren un examen moroso. Lo que podemos llamar el esqueleto doctrinario del libro, estaría constituido, en primer término, por la concepción axil, verdadera espina dorsal de la obra, del duelo entre la civilización y la barbarie: además, por el influjo del medio geográfico en los sentimientos, costumbres y hábitos nacionales; por la teoría del caudillo; por temas de morfología social y por temas de psicología social. Por último, conviene detenerse en ciertos aspectos secundarios —si se atiende a la brevedad de las referencias—, pero importantes por su raíz filosófica, como son los que atañen al optimismo histórico y a cierto intelectualismo sociológico que se percibe en el libro, al lado del historicismo.

El propósito teórico de “Facundo” está consignado varias veces en las páginas del ensayo: No se trata de escribir la historia de un gobierno, sino de explicar la estabilidad de un régimen político-social. “No es mi ánimo—leemos en el último capítulo—trazar la historia de este reinado del terror. . . Sólo he querido pintar el ori-

gen de este gobierno y ligarlo a los antecedentes, caracteres, hábitos y accidentes nacionales que ya desde 1810 venían pugnando por abrirse paso y apoderarse de la sociedad". En la "Introducción" expresa el anhelo de hallar explicación al "misterio de la lucha obstinada que despedaza" a la República Argentina.

La concepción "agonista" de la historia argentina—la lucha entre la civilización y la barbarie—sugerida a Sarmiento, según se vió, por la lectura de las novelas donde Cooper señala la oposición entre blancos e indígenas del Norte, estaba reforzada por Cousin, quien había proclamado, siempre seducido por Hegel, la función trascendental de la guerra. A Sarmiento le bastó substituir, en la antítesis de Cooper, al indígena del Norte con el campesino de la pampa argentina, y al blanco sajón con el hombre de la ciudad argentina, para tener un hilo conductor en el laberinto de los sucesos de la historia nacional; pero el dualismo conceptual preocupa a Sarmiento, y se le ve buscar, un poco desorientado, elementos menos abstractos para su fórmula. Así, la lucha entre la campaña y la ciudad se traduce, por de pronto, en la lucha entre la mentalidad feudal (siglo XII) y la mentalidad moderna (siglo XIX); luego se alude a la lucha entre dos ciudades de distinto espíritu: Córdoba y Buenos Aires, el misoneísmo y el filoneísmo; luego, en fin, tenemos la lucha entre Buenos Aires apoyada por el partido liberal de las provincias, y el interior, sometido al partido federal y enlazado con los federales porteños. Detalle importante: histórica o genéticamente, la guerra de la República Argentina ha sido doble: primero, guerra de las ciudades europeizadas, contra los españoles; segundo, guerra de las campañas—representadas por los caudillos—contra las ciudades. En definitiva, a través de esas tentativas de precisión, el lector descubre siempre, bajo disfraces variados, a los mismos contendores: la civilización y la barbarie, el progreso y el estancamiento.

Alejandro de Humboldt, a quien Sarmiento cita en el epígrafe de los dos capítulos iniciales, no sin cambiar en el primero, como

se dijo, el nombre del autor por el de Head, había señalado, en sus bellos "Cuadros de la Naturaleza", traducidos al francés por Eyriés, en 1808, que "las llanuras de la América meridional sirven de límite a la semicivilización importada de Europa". En seguida hacía notar, al hablar de la sociedad venezolana, que "al Norte, entre la cadena de Venezuela y el mar de las Antillas, se encuentran, a breves intervalos, ciudades industriosas, aldeas de risueño aspecto y campos cultivados con esmero". Terminaba Humboldt con esta comprobación: "Desde hace ya mucho tiempo, el sentimiento del arte, el estudio de la ciencia y el noble amor de la libertad política se han despertado en estas regiones". Estas observaciones del eminente sabio, consignadas en los "Cuadros de la Naturaleza", de donde tomó Sarmiento sus citas, ¿afirmaron al autor de "Facundo" en sus ideas respecto del contraste entre las llanuras y las ciudades de la Argentina? Sin duda, lo interesante, en todo caso, de la tesis de Sarmiento, reside en el mero reconocimiento de la "lucha" como agente del proceso de la historia, como principio primordial de la sinergia social. Lo demás —las razas, los pueblos, las clases, las minorías selectas, los partidos, los contendores, en suma— constituye el aspecto material y variable de ese principio formal y eterno.

Muchas veces ha sido señalada como un error, la contraposición de la ciudad a la campaña para hacer derivar, del antagonismo de las fuerzas respectivamente representadas, la explicación de la guerra civil argentina. En toda nación (se ha agregado) las ciudades están siempre más civilizadas que la campaña, y entre ésta y aquéllas no media un abismo —como pretende Sarmiento— sino, a la inversa, continuidad de cultura. Estas y otras críticas semejantes, ¹ esgrimidas contra la idea central de "Facundo", se desvanecen con sólo recordar que Sarmiento no habla de "la campaña" en abstracto, sino de la campaña argentina de hace un si-

1 Alberdi, en las "Cartas Quillotas", ya hizo la pregunta: "¿En qué país del mundo no es la campaña más inculta que las ciudades?" (3^a carta).

glo y, más concretamente, de la campaña pastora. Con insuperable lucidez, marca el contraste entre la campaña agrícola —en la cual existen verdaderas relaciones sociales— y la campaña pastora generada por el desierto, y que carece, casi, de ellas: “No se olvide —escribe el autor, como adivinando las críticas— que hablo de los pueblos esencialmente pastores, que en éstos tomo la fisonomía fundamental, dejando las modificaciones accidentales que experimentan, para indicar, a su tiempo, los efectos parciales”.

El contraste, perspicuamente advertido, entre la desasociación normal engendrada por el desierto y la asociación ficticia que el gaucho se procura, va a parar en el conflicto de esta forma primitiva de comunidad con la forma más evolucionada, con la ciudad: “Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil e imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse y adopta, para ello, los medios y los caminos que encuentra”. Tal sociedad, tal jefe: nace el caudillo. Alberdi, talento crítico de primer orden, no habría expresado con mayor limpidez y eficacia, el enlace de la pseudo-sociedad campesina con el caudillo.

Las aldeas argentinas, como las de Venezuela, señaladas por Humboldt, son el refugio de la civilización; pero ¿qué es, para Sarmiento, la civilización? La palabra “civilización”, incorporada en 1798 al diccionario de la Academia francesa, y en 1822 al de la Academia española (sexta edición), era definida por éste como “aquel grado de cultura que adquieren pueblos o personas, cuando de la rudeza natural pasan al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propios de gente culta”. Sarmiento quizá conocía esta definición cuando escribió “Facundo”; pero sólo dos años más tarde, en carta a Valentín Alsina, la transcribe del diccionario de Salvá y la critica certeramente, pues halla que confunde “civilización” con “civilidad”: “Las voces muy relamidas ni las cos-

tumbres en extremo muelles, representan la *perfección moral y física, ni las fuerzas que el hombre civilizado desarrolla para someter a su uso la naturaleza*". En esta síntesis final, está contenido el concepto de civilización para Sarmiento.

En "Facundo" domina el mismo sentido, y es equivocada la aseveración de Korn según la cual el alcance de la palabra "civilización", para Sarmiento, "es puramente utilitario y positivo".¹ ¿Puede serlo en el hombre que, desde niño, sintió "ojeriza al camino que sólo conduce a la fortuna"? Sarmiento, por otra parte, no podía ignorar los magistrales análisis de Guizot acerca de la idea de civilización, contenidos en sus lecciones de 1828, consagradas a la historia de la civilización en Europa, y de los cuales resulta que la civilización consiste en el desarrollo armonioso de la personalidad y de la sociedad, de la faz interna y de la faz externa del hombre. Sea lo que fuere, y a despecho de cierto ocasional énfasis pragmático, de cierta solicitud por las formas exteriores de la convivencia, "Facundo" contiene un concepto de civilización que no es coextensivo con el de utilidad. Al hablar de la aldea argentina, consigna Sarmiento que ella "es el centro de la civilización", pues "allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos". Más adelante, antes de afirmar que "la civilización es del todo irrealizable" en las campañas pastoras, anota: "*El progreso moral, la cultura de la inteligencia*, descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada sino imposible"; y dos bellos párrafos, relativos a la importancia cultural de la religión y a los efectos del envilecimiento de ésta en aquel medio, concluyen por desvanecer, a lo menos en lo que concierne a "Facundo", la tacha de utilitarismo lanzada contra las ideas de Sarmiento en esta importante materia.

1 Alberdi, en los "Escritos póstumos" (v, 279) consigna también: "La civilización, para él, consiste en el traje, en las maneras, en el tono, en los modales, en los libros, en las escuelas, en los juzgados".

La influencia del medio natural en la historia, uno de los *idola intelligentiae* de nuestro grande hombre, se proyecta triplemente en "Facundo": como factor de unidad política, como estímulo de impresiones vinculadas a la poesía popular, y como promotor de usos y costumbres característicos. Si Estados Unidos está llamado a ser una federación por la amplitud de sus costas del Atlántico, la República Argentina "es una e indivisible": tal es la primera proposición de "Facundo", en el aspecto que consideramos. El unitarismo sería la vocación política nacional, si ha de atenderse a circunstancias geográficas tan decisivas para Sarmiento, como la gran llanura pampeana y la confluencia de los ríos a un puerto único. La segunda proposición consiste en afirmar que la naturaleza exterior excita la imaginación y la fantasía colectivas: "el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza", pues se mueve en un horizonte infinito, y tiene el espectáculo terrífico de las fuerzas naturales desencadenadas o el cuadro risueño del litoral, embellecido por los grandes ríos. En fin: la tercera proposición sostiene la uniformidad de los recursos y procedimientos humanos para solucionar problemas planteados por los mismos accidentes naturales. El autor de "Facundo" cita, con este motivo, tomándolos de novelas de Cooper, ejemplos de prácticas y recursos seguidos en Estados Unidos, e idénticos a los que utiliza el paisano de las pampas argentinas.

En problema tan debatido como este del influjo del medio natural en el desarrollo histórico, y cuyo planteamiento y solución ha consumido tantos esfuerzos desde los tiempos de Dubos, Montesquieu y Herder, apenas incumbe otra cosa que señalar las lecturas probables, utilizadas por Sarmiento para esta parte de la obra, y marcar a la vez, con sobriedad, el enlace de lo geográfico con lo morfológico. Para comenzar con las lecturas, fuera de la de Cooper (en lo que atañe a la tercera de las proposiciones), cuyo influjo se desprende de las referencias mismas incluídas en

el texto por el escritor argentino, cabe señalar las de Tocqueville, Cousin y Humboldt.

Alguna vez se ha hecho notar la similitud de detalle existente entre "Facundo" y la "Democracia en América"; ambos libros se inician con una descripción física de los respectivos países, objeto de estudio. Sin embargo, el antecedente carece de interés como indicio de influjo del publicista francés sobre el argentino. Era ya de rigor, en obras de historia y de política, comenzar por una presentación del escenario geográfico donde debían moverse los personajes y transcurrir los sucesos. Así había procedido —para citar un autor familiar, a Sarmiento y a su compañero López— Michelet en la "Historia romana", aparecida cuatro años antes que el libro de Tocqueville. En cambio, debieron de interesar a Sarmiento las páginas donde el intérprete de la democracia americana del Norte estudia los factores que favorecen o contrarían la unión política de los angloamericanos. Entre los factores *prima facie* contrarios a esa unión, Tocqueville menciona —al final del tomo segundo— el medio natural, y alude, en especial, a la barrera aparente de los montes Alleghanis, que corren entre la cuenca del Mississipí y el Atlántico. Al examinar el medio físico de nuestro país, Sarmiento afirmó, según se ha visto antes, que la República Argentina está destinada a la unidad de régimen.

Más que Tocqueville y Cousin, influyó sobre Sarmiento, en la faz socio-geográfica de "Facundo", Alejandro de Humboldt. Cousin daba mucha importancia, en su doctrina, a la armonía del ser humano con la naturaleza, y enseñaba que "el hombre de las montañas no puede tener los mismos hábitos, el mismo carácter, las mismas ideas que el hombre de la llanura, el ribereño, el insular"; pero no fueron los filósofos, por engalanados de oratoria que se mostrasen, quienes más impresionaron a Sarmiento: buscó, por instinto, los temperamentos de artista. El brillante autor de los "Cuadros de la naturaleza", en medio de la multitud de

detalles, datos y observaciones que acumula en su obra, lanza la generalización destinada a orientar al biógrafo de Quiroga. En una página de sobria belleza, Humboldt, después que menciona los nombres gloriosos de Buffon, Saint-Pierre, Chateaubriand y Goethe, y que recuerda el poder que ha ejercido el cielo de Grecia en el genio de los habitantes de esta comarca, remata: "La influencia de lo físico sobre lo moral, esa acción recíproca y misteriosa del mundo sensible y del mundo inmaterial, comunica al estudio de la naturaleza un atractivo singular, harto desconocido hasta nuestros días". No parece plausible desconocer, en presencia de estas palabras y de otros pasajes semejantes de la obra de Humboldt, que ellas sugirieron a Sarmiento sus proposiciones acerca del origen de la poesía popular argentina. Queda, como rastro de esa sugestión, el epígrafe del segundo capítulo del libro.

Tal fué el prestigio de Humboldt ante el proscrito sanjuanino, que éste, apenas difundido en libro "Facundo", le dice a Miguel Piñero, en carta que le dirige desde Río de Janeiro: "Humboldt con la pluma y Rugendas con el lápiz, son los dos europeos que más a lo vivo han descripto la América"; y veinte años más tarde recomienda que se haga una traducción castellana de "Kosmos", obra posterior (1845-1858) a los "Ansichten der Natur" del ilustre sabio, y en cuyo volumen segundo se desarrolla la doctrina insinuada en las líneas antes transcriptas.

No vale la pena ahora demorarse en apreciar la significación del criterio sociogeográfico utilizado por Sarmiento, ni en lo que atañe a la vinculación que se establece en "Facundo" entre el aspecto físico del país y los hábitos e ideas que engendra, ni entre el régimen unitario de gobierno y la configuración general del suelo argentino. Lo primero comporta reconocer al medio físico, entonces como ahora, un cierto valor de excitación para despertar reacciones estéticas o prácticas; lo segundo ilustra respecto del alcance meramente relativo de las previsiones políticas, pues nun-

ca la configuración física de un país, por sí sola, ha llevado a la adopción de un régimen político, para cuyo establecimiento han de consultarse tantos elementos de raíz y sentido culturales antes que físicos. En cambio, es ineludible señalar, aunque sea sin abundancia, la exactitud con que Sarmiento ha captado el nexo entre lo físico y lo morfológico.

Por su condición natural, la pampa argentina engendra la pseudo asociación pastora, y ésta retarda y obstaculiza el incremento de la civilización: tal es el alcance justo de la doctrina de "Facundo". Lo geográfico influye en lo morfológico, y esto repercute sobre lo institucional. Desde este punto de vista, y dando como contenido a la morfología social los problemas de la población en su máxima generalidad— la disposición de la masa humana, el volumen y la densidad de los grupos—, puede decirse que "Facundo" enfrenta la faz *cuantitativa* (la pampa y sus escasísimos pobladores) de la sociedad argentina, como "Conflicto y armonías" atenderá, muchos años más tarde, a la faz *cualitativa* o sea a la composición étnica de aquella misma sociedad.

Los temas de morfología social están señalados en "Facundo" con tal relieve, que quién sabe si, en definitiva, los fenómenos de agregación no deben prevalecer sobre los elementos estrictamente geográficos, cuando se enjuicia esta parte de la doctrina que el libro contiene. La mera antítesis "ciudad-campaña", de que el libro parte, o sea la traducción morfológica de la antítesis "civilización-barbarie", patentiza inmediatamente aquella primacía.

Los problemas concernientes a la base física de la sociedad rioplatense —volumen, densidad y movilidad del agregado— habían sido vistos, con suma claridad, mucho antes de 1845, por viajeros y por estadistas. Aunque hasta ese año aún no se había difundido la memoria de Azara referente al régimen ganadero de los gauchos, a comienzos del siglo XIX, en la que se explica cómo la tierra barata, la abundancia de alimentos y el escasísimo empleo

de personal para la atención del ganado, mantenían entonces la despoblación, Valentín Gómez y demás miembros de la comisión parlamentaria que dictaminó, en 1826, acerca de la forma de gobierno que debía servir de base para la Constitución nacional, habían denunciado el hecho notabilísimo de la despoblación del país, y el de que “muchas de las que llevan el nombre de *provincias*, o no tienen o apenas tienen quince mil habitantes, esparcidos en distancias enormes”. En el mismo sentido, viajeros y hombres de negocios no callaron, en sus memorias y relatos, la gravedad del problema demográfico argentino, en esa época. Así, el capitán Head —cuyas “Notas” ya hemos mencionado— quedó sorprendido por la escasa densidad de la población en el Río de la Plata, y en su libro no solamente dió vivos detalles acerca de la pampa y de los sentimientos, creencias, supersticiones y hábitos del paisano argentino, sino que incluyó una serie de atinadísimos juicios referentes a las perspectivas de la civilización en las provincias del Río de la Plata. Entre esos juicios, sobresalen los relativos a la población esparcida en el inmenso territorio, fenómeno de dispersión que permitiría trazar, según su gráfica expresión “a skeleton map of civilization”. El sagaz viajero añadió, al final de su libro, conclusiones generales —físicas, morales y políticas— sobre el país y su porvenir. Es verosímil que Sarmiento haya aprovechado no ya la descripción que Head hace de las pampas,¹ sino también las sintéticas y claras observaciones incluídas en las “*Rough notes*” del “galloping head”, como llamaron algunos críticos ingleses al inteligente viajero.

Tornando a examinar el tema de la morfología social en “Facundo”, merecen citarse las pocas pero expresivas palabras con que el libro encarece la necesidad de una población abundante en la Argentina. Después de recordar el hecho de que las familias

1 En 1842 apareció en Barcelona el “Viaje pintoresco a las dos Américas”, de D’Orbigny y J. B. Eyriés, con abundantes referencias a las pampas argentinas, a través de los relatos de la época.

están dispersas en grandes extensiones de la pampa, agrega que aun en el aislamiento caben el lujo y el bienestar del individuo; pero —concluye— “el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí, en el aislamiento y la soledad. . . No habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes”. Ya hemos mencionado la clasificación de sociedades pastoras y sociedades agrícolas, con la que se abre el capítulo tercero, y el ínfimo valor que se atribuye a las primeras: “He indicado (insiste el autor) la asociación normal de la campaña, la desasociación, peor mil veces que la tribu nómada”.

Esta insistencia de Sarmiento respecto del mal específico del país, significa, desde la posición de la política, o sea del arte social, una clara comprensión del primer deber de los estadistas argentinos. Nueve años más tarde, Urquiza denunciaría ante el Congreso la gravedad del mal, y hablaría de las provincias como de “átomos sin cohesión ni gran valor social, que sobrenadan en un inmenso espacio”. Los problemas morfológicos han sido y siguen siendo problemas característicamente argentinos, y en ellos, después de tantos años, está el punto vulnerable de la grandeza nacional.

La teoría del caudillo en “Facundo”, a cuya génesis hemos consagrado uno de los capítulos precedentes, no desentona con las ideas actuales en la materia. Poco importa que el progreso de la biología y las indagaciones relativas al genio y la herencia, sitúen hoy el problema de las individualidades egregias en un nivel lógicamente más elevado que el en que se ubicaba hace un siglo: las grandes líneas no se han alterado. Decimos ahora, prosaicamente, sin sombra de misticismo heroico, que el hombre representativo es, desde el punto de vista biológico, resultado de una va-

riación específica útil (faz individual y subjetiva); pero desde el punto de vista sociológico, se sigue considerando, al hombre representativo, como la condensación más alta y perfecta de una atmósfera de creencias, anhelos e impulsiones generales (faz social y objetiva del grande hombre). Cabalmente, la coincidencia fundamental del concepto que en esta parte encontramos en “Facundo”, con las conclusiones actuales de la ciencia, ha conducido a magnificar un tanto el valor de la tesis de Sarmiento hasta confundirla, casi, con un hallazgo; pero se ha visto ya la filiación hegeliana de esa idea y la “empirización” que sufre al pasar por la psicología de Cousin.

La vieja noción de carácter o genio nacional, cara al romanticismo, se halla incorporada a “Facundo” mediante cuatro o cinco rasgos que se atribuyen a la psicología argentina: la conciencia de la propia superioridad nacional, la antipatía a la autoridad, la incapacidad industrial, el culto del coraje, la pereza y la altivez. Especulaciones de esta clase, que arrancan de la observación de las relaciones de ósmosis y endósmosis entre el hombre y su medio, y limitáneas, ora de la literatura, ora de la psicología comprensiva a lo Spranger, han sido, después de “Facundo”, objeto de la atención de ensayistas y escritores de varia sensibilidad. Son, en general, seductoras e inofensivas, y ayudan a aclarar sucesos y situaciones de la historia. En su fondo yace, sin embargo, el grave problema de las relaciones del carácter nacional con la respectiva historia, pues si, por una parte, el carácter de un pueblo es el antecedente explicativo de la historia del mismo, en un determinado período, también, por otra parte, esta misma historia define el carácter nacional y ayuda a comprenderlo.

Hay otros detalles interesantes. Cierta intelectualismo, cierta confianza en el poder expansivo de las ideas y en la fuerza transformadora de las mismas, luce al lado de las tesis antes expuestas. Sarmiento tiene conciencia del cambio operado en los espíri-

tus después de la revolución francesa de 1830; participa —o parece que participa— en el desdén de muchos miembros de la nueva generación de Francia hacia Voltaire, Mably, Raynal, Rousseau y demás corifeos de la filosofía negativa del siglo XVIII; pero en cuanto adepto fervoroso de la doctrina del progreso, cree en alguno de los dogmas de la “Ilustración”. Por esto, cuando empieza el capítulo cuarto del libro, leemos que el origen de la revolución argentina fué el mismo de las revoluciones de otros pueblos cultos: el movimiento de las ideas y el ejemplo ajeno; y es claro que la explicación no es, en sí misma, falsa sino incompleta y vaga, pues si toda revolución y todo movimiento social obedecen, en el fondo, a ideas y ponen en actividad ideas, falta precisar si éstas se han formado espontáneamente en el pueblo, a través de intereses primordiales, o han sido transmitidas a la masa por obra de escritores y filósofos. Sarmiento se inclina a creer —y hay en ello un rasgo intelectualista— en el poder de las doctrinas y en la eficacia incontrastable de los libros: “Los libros, los acontecimientos, todo llevaba a la América a asociarse a la impulsión que a la Francia habían dado Norte América y sus propios escritores; a la España, la Francia y sus libros”. Únicamente cuando se alude al puerto de Buenos Aires y al medio de vida del habitante de la pampa —el pastoreo—, son rozados, en el ensayo, los intereses económicos.

Tal intelectualismo está corregido pero no enervado por las nuevas corrientes de la época, asimiladas por Sarmiento: “Buenos Aires —anota— confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba”; y lo que creía y confesaba en 1845, era, naturalmente, lo que le enseñaban Tocqueville, Michelet, Thierry, Guizot, Sismondi, Cousin... He aquí otra fase del proceso que puede llamarse “la refracción rioplatense de la cultura europea”. A las utopías y abstracciones iluministas, reemplazan teorías que hacen conocer a los argentinos “algo de razas, de tendencias, de

hábitos nacionales, de antecedentes históricos”, aleccionándolos “contra el brillo de las teorías concebidas a *priori*” Esta solicitud por los aspectos concretos de la vida humana, es, como se sabe, una característica del romanticismo, y el autor de “Facundo”, al acogerla, se revela plenamente hombre de su tiempo. Se diría que sin renunciar a los principios racionalistas, Sarmiento adopta el estilo o la manera del romanticismo.

Con las corrientes recién advenidas entonces, se había incorporado, a la filosofía, el sentido de la continuidad social, del ritmo tranquilo impuesto por la razón histórica al curso de los acontecimientos. El carácter sagrado de la historia, sostenido por Hegel y por Cousin, comporta la racionalización de los sucesos, e introduce un optimismo histórico de raíz metafísica, perceptible en “Facundo”, y que es otro detalle romántico. Así, cuando Lavalle fusiló a Dorrego, “no sabía que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes políticos traen su carácter y su existencia del fondo de las ideas, intereses y fines del partido que representan”; por lo cual la muerte de Dorrego “era una consecuencia necesaria de las ideas dominantes entonces”. Los errores políticos, en conclusión, “pertenecen a una época más bien que a un hombre”; pero de ellos depende la explicación de muchos fenómenos sociales.

Este optimismo histórico hace decir a Sarmiento que “la organización política del Estado (argentino) la dará el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias”, y “federal, unitaria, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados”. Más tarde se olvidará de las lucubraciones cousinianas, y en “Conflicto y armonías” se referirá, con horror de teólogo, al “sacrificio enorme hecho a la Justicia y la moral” con la ejecución de Liniers, de Dorrego y de tantos otros jefes, víctimas del furor de la guerra y del odio de los partidos.

Cerremos esta síntesis con una palabra acerca del tema de las revoluciones, que encontramos rozado en “Facundo”. En Francia,

la gran explosión de 1789 y el estallido de 1830, hicieron, de las crisis revolucionarias, materia de abundantes disertaciones. Entre nosotros, Echeverría incluyó algunos párrafos referentes al tema, en el fragmento destinado a analizar la ley que acordó poderes extraordinarios a Rosas. Sarmiento traza, en brevísimos pero nítidos conceptos, la figura revolucionaria: el choque que produce la crisis, el fraccionamiento, después del triunfo, del partido vencedor; la reacción del partido vencido y, en fin, el nacimiento, a veces, de una tercera entidad, hostil a los grupos principales que intervienen en el proceso. Cuando, muchas páginas más adelante, se refiere a la génesis de la dictadura, desliza una explicación luminosa, que parece escrita para ser aplicada a acontecimientos contemporáneos: "Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, y es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden antes de todo el reposo de que por largos años han carecido, aun a expensas de la libertad o de los fines que ambicionaban: este es el momento en que se alzan los tiranos..." La guerra civil y aun la llamada "guerra de nervios", en el interior de un país, engendran, a la corta o a la larga, la dictadura.

De todos nuestros libros clásicos, "Facundo" es el más rico en observaciones sociológicas. El noble metal de que está hecha su individualidad estética, lleva adheridos, como expresión de una etapa intelectual, fragmentos de la filosofía del romanticismo, tan vinculada a los orígenes de la ciencia social contemporánea.